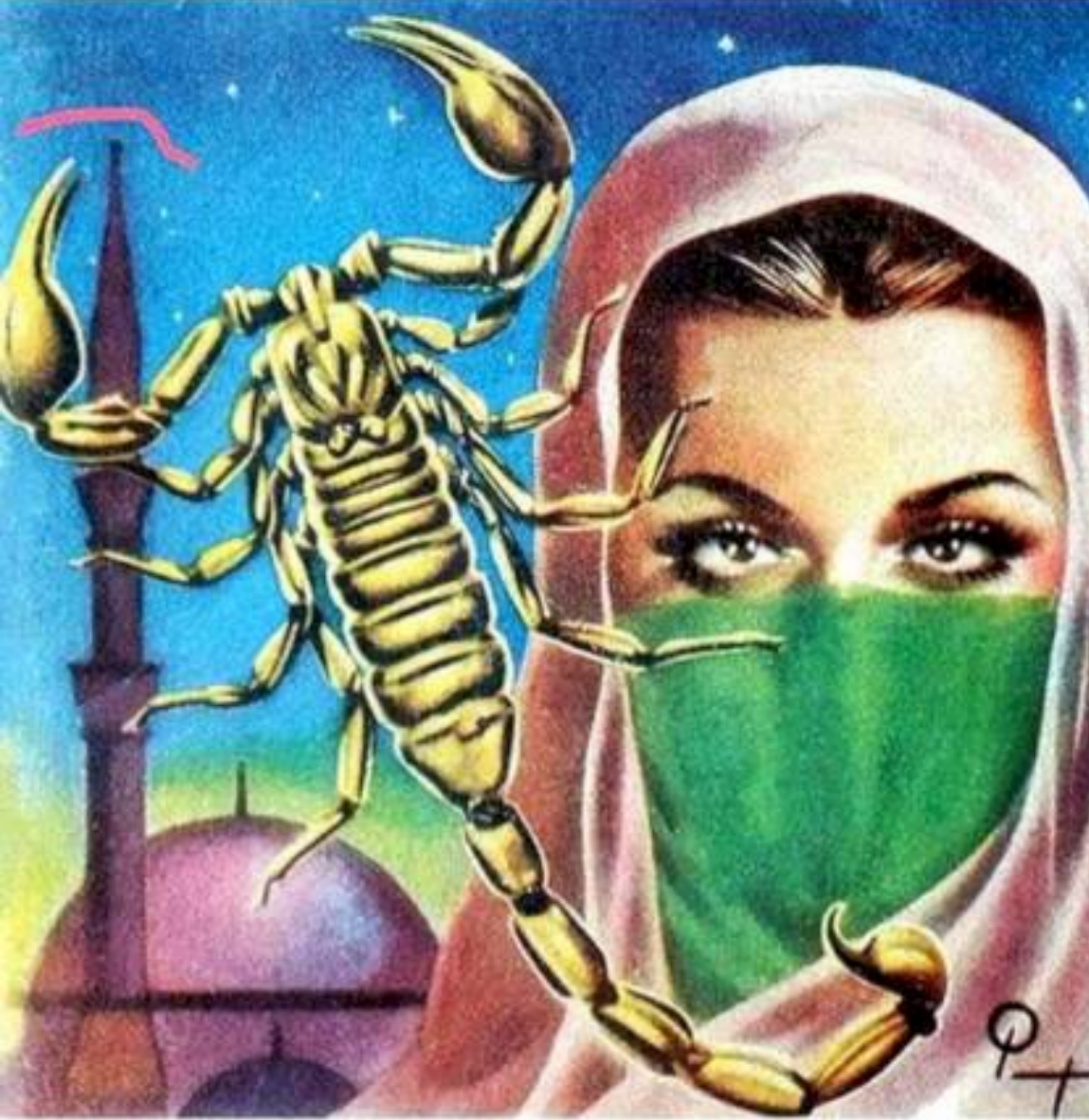


EL ESCORPION

2

SAX ROHMER



COLECCION

Rastros

Cuatro brillantes hombres han muerto misteriosamente, y la única pista es la cola tallada de un escorpión dorado, dejada al lado de sus cuerpos. El hombre detrás de este horror se llama a sí mismo «El Escorpión», y claramente es un hombre de astucia superior. Los mejores detectives de Francia, Gaston Max, y de Inglaterra, Inspector Dunbar de Scotland Yard, unen sus fuerzas para detener al Escorpión antes de que pueda agregar una quinta víctima a su lista. El camino sinuoso los llevará a través de los refugios del inframundo de Londres a las densas guaridas de opio de Chinatown, y desde allí hasta la guarida del Escorpión.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El escorpión](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo primero. El fantasma encapuchado](#)

[Capítulo II. La dulzaina de los M'Gregor](#)

[Capítulo III. La cola del escorpión](#)

[Capítulo IV. Mademoiselle Dorian](#)

[Capítulo V. El sobre sellado](#)

[Capítulo VI. El comisario general](#)

[Capítulo VII. El contenido del sobre sellado](#)

[Capítulo VIII. La teoría del comisario general](#)

[Capítulo IX. La moda china](#)

[Capítulo X. «Cierre usted las persianas por la noche»](#)

[Capítulo XI. El rayo azul](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo I. La danzarina de Montmartre: Zara-El-Khalá](#)

[Capítulo II. Concerniente al Gran Duque](#)

[Capítulo III. Una pregunta muy singular](#)

[Capítulo IV. La reyerta en el café](#)

[«Le balafré»](#)

[Capítulo I. Me transformo en Carlos Malet](#)

[Capítulo II. Armando la trampa](#)

[Capítulo III. Desaparición de Carlos Malet](#)

[Capítulo IV. Encuentro a una antigua conocida](#)

[Capítulo V. Conclusión del informe](#)

[Tercera parte. La casa de Ah-Fang-Fú](#)

[Capítulo I. Los ladrones de cerebros](#)

[Capítulo II. El círculo rojo](#)

[Capítulo III. Historia de Miska](#)

[Capítulo IV. Historia de Miska \(Conclusión\)](#)

[Capítulo V. El corazón de Chunda-Lal](#)

[Capítulo VI. El hombre de la cicatriz](#)

[Capítulo VII. En el fumadero de opio](#)

[Capítulo VIII. El ídolo de los ojos verdes](#)

[Cuarta parte. El antro de Escorpión](#)

[Capítulo I. La orden sublime](#)

[Capítulo II. La muerte viva](#)

[Capítulo III. El quinto secreto de Raché Churán](#)

[Capítulo IV. Doblez oriental](#)

[Capítulo V. Lo que habría sido el doctor Stuart](#)

[Capítulo VI. ¡Jey Bhowan!](#)

[Capítulo VII. Como un verdadero escorpión](#)

[Sobre el autor](#)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EL FANTASMA ENCAPUCHADO

Keppel Stuart, doctor en medicina, despertó con sobresalto, y se encontró bañado en sudor frío. Un pálido rayo de luna entraba por la ventana, pero su blanca luz no daba sobre el lecho, luego no podía ser esta la causa de su repentino despertar. Aguzó el oído, esperando que llegara a él algún rumor al que pudiera hacer responsable de la súbita interrupción de su, generalmente, profundo sueño, pero la casa entera estaba sumida en profundo silencio, y sólo por la abierta ventana entraban esos vagos murmullos característicos de las noches de Londres, y de los que a veces se destaca una bocina más o menos chillona, el estridente silbido de una locomotora, o las roncas notas de una sirena... por lo demás, nada.

Miró a la luminosa esfera de su reloj, las manecillas señalaban las dos y media, es decir, que el día no estaba lejano. El calor era casi intolerable y a esto achacó Stuart el haberse despertado, y la desagradable tensión que experimentaba y de la que acababa de darse cuenta. Continuó escuchando... escuchando, y no oyendo nada, hubo de acabar por confesarse que sentía miedo.

Le parecía que alguien o algo malo estaba cerca de él... quizá en el mismo aposento, velado por las sombras noc-

turnas, y esta penosa sensación iba por momentos haciéndose más intensa.

El médico se sentó en la cama, dirigiendo escudriñadoras miradas a todos los rincones del cuarto. Recordaba que durante su estancia en la India, despertó una noche lo mismo y halló una cabra de gran tamaño acurrucada a sus pies... mas, por el presente, su inspección no le señalaba ningún objeto que no fuese familiar... sin embargo, se deslizó de la cama sin ruido, poniéndose de pie en el suelo.

Un débil gemido interrumpió el silencio... Stuart permaneció inmóvil y a los pocos instantes se repitió el gemido.

—¡En mi despacho debe haber alguien! —murmuró el facultativo, dándose cuenta de que su terror iba acentuándose en términos, de que si no obraba pronto, se vería imposibilitado de hacerlo. Con los pies descalzos, se encaminó a su tocador que estaba contiguo, para tomar una lamparita eléctrica de bolsillo que tenía allí sobre la mesa, y mientras que la hacía funcionar, para asegurarse de que estaba cargada, sonó por tercera vez el siniestro gemido.

Hubiera sido imposible para Stuart el distinguir si procedía de arriba o de abajo; de las habitaciones inmediatas o del exterior de la casa, pero el misterioso ruido helaba su sangre aumentando su injustificado pánico. Este último más que gemido parecía un lamento de ultratumba... algo horrible y que él no había oído nunca.

El rayo de luz de la lámpara, que aún tenía encendida, demostró a Stuart el temblor que agitaba sus manos, y aquél sacó la conclusión que acababa de despertar de una angustiada pesadilla, y el fúnebre quejido, que creyó oír, no era más que la continuación de los imaginarios horrores, que bañaron su cuerpo en frío sudor.

Con paso resuelto, se encaminó a la puerta y abriéndola sin ruido, proyectó el rayo de blanca luz en la oscura escalera, empezando a bajarla con cautela. Se detuvo ante la puerta de su despacho y escuchó... Nada se oía. De pronto

empujó con violencia las dos hojas, iluminando la estancia con el pequeño foco eléctrico.

El potente rayo de blanca luz, cortando las tinieblas, fue a pararse encima de la mesa del despacho. Era ésta un hermoso mueble de la era jacobina y en uno de sus costados se alzaba una especie de gaveta con escondites y cajoncitos. Nada anormal alcanzó a ver sobre la mesa. La pipa descansaba junto a la caja del tabaco, libros y papeles estaban en el mismo desorden en que él los dejó al retirarse y entre ellos podía verse el cenicero que delataba sus hábitos de fumador... De súbito descubrió algo que le produjo viva sorpresa.

Uno de los cajones de la mesa estaba entreabierto, Stuart permaneció inmóvil contemplando la mesa. No se oía ni el vuelo de una mosca. Por fin echó a andar despacio, moviendo la luz de derecha a izquierda. Los papeles estaban en orden y los cajones en su sitio, mas él abrigaba el convencimiento de que todo había sido examinado. El conmutador de la luz eléctrica estaba inmediato a la puerta por la parte interior, y Stuart cruzó el aposento para encender las dos lámparas que inundaron el despacho con la claridad de su brillante luz, demostrando a su dueño que estaba completamente solo y sin que el más leve ruido llegara a sus oídos. Sin embargo, no lograba desechar la sensación de que un ser desconocido le acechaba muy de cerca.

—Tengo los nervios alterados —se dijo a sí mismo—. Nadie ha tocado los papeles, y en cuanto a ese cajón debo haberlo dejado abierto por descuido.

Apagó la luz y se disponía a cerrar la puerta, cuando una cortina agitada por la corriente de aire le hizo estremecer... y se detuvo.

Se repitió la sensación de que alguien o algo espantoso le vigilaba desde muy cerca. Stuart volvió a entrar en el despacho, sintiéndose arrastrado por una fuerza desconocida hacia el abierto ventanal, cuya cortina de crepé crudo estaba corrida. Le asaltó el presentimiento de que detrás

de ella se ocultaba el misterio que hacía castañetear sus dientes con un terror jamás sentido... y de pronto en la clara tela que colgaba ante el ventanal, los rayos de la luna hicieron reflejarse: ¡la elevada silueta de un encapuchado!...

La singular y alarmante aparición no era la de un vulgar fraile de nuestros días, sino que su ropaje y la cogulla que cubría su cabeza recordaba las que en otros tiempos vistieron los hermanos de la Misericordia o los familiares de la Inquisición.

Su corazón, que latía desordenadamente, se paralizó de súbito... en su terror quiso gritar, mas su contraída garganta sólo emitía un ahogado gemido.

La psicología del pánico es muy oscura y sólo ha sido imperfectamente explorada. La presencia del terrible fantasma encapuchado, confirmó al médico en su teoría de que estaba siendo víctima de una especie de pesadilla, a pesar de estar despierto.

Cual si la sombra quisiera confirmar este aserto, sus líneas se hicieron más confusas, acabando por desaparecer.

Stuart cruzó la habitación y asiendo la cortina la descubrió con violencia. Nada alteraba la tranquilidad del paisaje, bañado en la argentina claridad de la luna que se divisaba a través del abierto ventanal. Ningún sonido alteraba su silencio, ni se descubría a nadie en cuanto alcanzaba la vista.

—Mrs. M'Gregor tiene razón al decir que siempre se me olvida cerrar las ventanas —murmuró Stuart.

Cerró las vidrieras y antes de hacer lo mismo con los postigos, permaneció un momento contemplando el campo, solitario y silencioso a tales horas, después salió del despacho, volviendo a subir a su cuarto.

CAPÍTULO II

LA DULZAINA DE LOS M'GREGOR

Despertó a la mañana siguiente el doctor Stuart, y lo primero que hizo fue tratar de acordarse de lo que le había ocurrido durante la noche. Consultó el reloj viendo que eran las seis de la mañana. Nadie se movía aún en la casa; mas, no obstante, él se levantó, poniéndose la salida de baño. Se hallaba en cabal salud y sin ningún síntoma de trastornos nerviosos. Los rayos de un brillante sol iluminaban la estancia, prometiendo un hermoso día, y el médico, sujetándose el cinturón de su bata, se encaminó a la escalera que conducía a la planta baja.

Al llegar frente a la puerta de su despacho, observó que estaba cerrada con la llave por fuera, tal y como él la dejó. Ya dentro de la habitación sintió una leve impresión de desencanto, al comprobar que todo estaba igual que él lo había dejado, sin que ninguna señal demostrara la presencia de una mano extraña.

No contento con esta rápida inspección, sometió a un minucioso examen los papeles esparcidos sobre su mesa, muy especialmente los que juzgó más a propósito para haber despertado la curiosidad de su soñado fantasma, pero en ninguno encontró vestigios de haber sido tocado. Las cortinas estaban corridas ante los dos anchos ventanales y nada hacía suponer que sobre una de ellas hubiera podido reflejarse la negra silueta del hombre encapuchado. Descorriendo las cortinas, examinó la falleba de las ventanas, pudiendo convencerse de que eran muy fuertes y estaban intactas. Si la ventana quedó abierta la noche anterior, indudablemente la dejó él mismo así.

—¡Bueno! —se dijo el médico—. Ha sido una pesadilla, pero de las más extraordinarias —y resolvió «in menti», tan pronto como hubiera tomado el baño y el almuerzo, escribir una detallada información de su sueño a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de la que era miembro. Media hora después y cuando ya el movimiento que se oía en la casa anunciaba que sus habitantes estaban despiertos, Stuart se sentó ante su espaciosa mesa de trabajo y dio principio al informe.

Keppel Stuart era un buen mozo de rostro moreno y cabellos y ojos oscuros, cuya edad pasaba poco de los treinta años. Su inteligencia era muy clara y vastísima su cultura, pero distaba mucho de ser lo que se entiende por un brillante médico. Terminada su carrera, trabajó en la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool, habiendo pasado también algunos años en la India, dedicado a las investigaciones sobre el veneno de los reptiles. Al comprar la casita y la clientela en aquel apartado suburbio londinense, fue impulsado por el deseo de crear un hogar a una linda muchacha que en el último instante se decidió por compartir otro, más suntuoso. Dos años habían transcurrido desde aquella fecha, pero aún pesaba sobre el desdeñado la sombra del desengaño, revelándose su influencia en cierta apatía que caracterizaba su conducta profesional.

Terminada la científica información de su sueño, dejó las cuartillas en uno de los cajones, dando al olvido todo lo referente a ese asunto. El día se había nublado, la atmósfera estaba pesada y las horas transcurrían con lentitud dándole la impresión de una especie de tregua, sin pretender analizar su estado de ánimo, pues de hacerlo así, temía encontrar algo inconfesable aun para sí mismo, lo cierto es que esperaba algo o alguien... sobre ese punto no estaba seguro.

Así transcurrió el día, y a las diez de la noche, después de visitar el último enfermo, volvió a su casa entrando en el despacho como tenía por costumbre, echó sobre el sofá el

ligero abrigo, así como el sombrero y el bastón, disponiéndose a trabajar un rato, antes de irse a la cama. Encendidas las luces y caldeada la atmósfera por el bien encendido fuego de la chimenea, el pulquerrimo despacho, con sus numerosos y bien alineados libros, ofrecía adecuado marco para encuadrar la figura de un médico, ilustrado, si no opulento.

Mrs. M'Gregor, la bondadosa ama de gobierno del doctor, se hallaba de rodillas ante la chimenea, atizando el fuego, cuando entró aquél.

—La lumbre es casi superflua por esta noche —dijo el médico al entrar, saludando con afectuoso ademán a su fiel servidora—. Andando se tiene más bien calor.

—Mayo es un mes muy traicionero, Mr. Keppel —contestó la buena mujer, que habiendo prestado sus servicios en la casa de los padres del facultativo, acabó por querer a éste como a un hijo—, y más vale prevenirse antes que cuidarse después. Y si es que pretende usted darme a entender con eso, que ya es tiempo de ponerse la ropa de verano, contestaré a usted que deseo tenga enfermos con más juicio que su médico.

Y poniendo las zapatillas junto a la chimenea, la buena escocesa recogió el gabán, sombrero y bastón de su amo. Este se echó a reír.

—Por eso, sin duda, muchos de mis vecinos, manifiestan su prudencia, absteniéndose de ser clientes míos —observó el joven galeno.

—Eso no es prudencia... sino prevención.

—¡Prevención contra mí!... ¿Qué está usted diciendo Mrs. M'Gregor? —exclamó él, dejándose caer sobre el sofá.

—Como lo oye usted... prevención —replicó firmemente la anciana—. No son tan tontos que ignoren quién es el médico más entendido de las cercanías, y a él acuden, cuando están en peligro de muerte..., pero repito que usted no tendrá la clientela que merece hasta..., hasta...

—Y bien... ¿Hasta cuándo, Mrs. M'Gregor?

—Hasta que siga usted los consejos de esta vieja y traiga usted a esta casa una mujer más joven.

—¡Cómo!... ¿Acaso tiene usted la intención de abandonarme después de...? ¿Cuántos años hace que está usted en casa?

—Treinta ha hecho por Navidad... ¡Cuántas veces le he dormido sobre mis rodillas!... ¡Chiquillo más guapo!..., y justamente porque le quiero de veras, me da pena verle luchando por conseguir lo que no conseguirá, mientras permanezca soltero.

—¡Ah! —exclamó el joven, soltando una carcajada—. ¿Era esa su intención?... ¿Se empeña usted en que obligue a alguna indefensa muchacha a compartir mis estrecheces?

—No son tantas como usted supone..., pero créame usted, Mr. Keppel, dirá que soy demasiado chapada a la antigua, pero le aseguro, que vieja y todo como soy, se me pone carne de gallina al pensar que un muchacho soltero pudiera verme en la cama.

—Bueno..., bueno, Mrs. M'Gregor —dijo el médico en tono de suave protesta—. Ya hemos discutido bastantes veces ese tema, y como usted misma dice, sus ideas son un tanto atrasadas... en este punto concreto... Mas no por eso agradezco menos su desinteresado afecto..., y si algún día llego a seguir sus consejos...

—¿Será usted capaz de sentarse a escribir con las botas húmedas? —interrumpió la solícita mujer, señalando el calzado del médico.

—Están completamente secas; la ligera llovizna que ha caído no vale la pena de mencionarse..., pero me las quitaré, puesto que ya no he de salir.

Empezó a aflojar los cordones de las botas, en tanto que la buena escocesa corría las cortinas y tomaba sus disposiciones para retirarse. Ya se dirigía hacia la puerta, cuando retrocediendo dijo a Stuart:

—La señora extranjera ha estado aquí hace media hora.

El joven soltó los cordones y levantando la cabeza preguntó con vivo interés:

—¿Mlle. Dorian?... ¿No ha dejado nada dicho?

—Me dijo que volvería luego —y tras una leve vacilación añadió—: Aquí estuvo esperando con ejemplar paciencia.

—Siento mucho que me hayan detenido —observó Koppel abrochándose de nuevo las botas—. ¿Cuándo se ha marchado?

—Ahora mismo..., apenas hará dos o tres minutos... No sé si estará peor...

—¡Peor!

—¡Parecía tan deseosa de verle a usted!...

—Nada tiene de particular... Esa señorita vive muy lejos...

—Ya me lo ha dicho usted; mas no creo que se canse mucho, disponiendo de un auto de todo lujo —repuso la escocesa secamente.

—Mrs. M'Gregor —empezó el médico en tono de cierta perplejidad, no exenta de impaciencia— me vigila usted con la ternura de una verdadera madre, y por eso tengo derecho a que se explique con franqueza: Ahora bien, he observado que emplea un tono duro y displicente siempre que habla de Mlle. Dorian... ¿Qué diferencia encuentra usted entre ella y las demás clientes? —y al hacer esta pregunta su corazón le respondía que era muy distinta de todas las demás mujeres del mundo.

Mrs. M'Gregor dejó oír una especie de ronquido, añadiendo después con marcada ironía:

—¿Tiene usted muchas entre sus clientes que lleven abrigos de pieles como los de una princesa?

—No, por desgracia; la mayoría entre ellas se abrigan con toquillas o mantones... ¡pero razón de más para que bendiga la casualidad que trajo a mis puertas tan distinguida paciente!

La buena mujer, que no podía ocultar su desconfianza, murmuró bajando la voz.

—Pero..., ¿se trata realmente de una paciente?

—Pues, ¿qué quiere usted que sea? —preguntó él muy sorprendido—, paciente, ¡claro está! Esa señorita sufre de insomnios.

—Ya me figuraba yo, que sería algo así.

—¿Qué es lo que quiere usted dar a entender?

—Vaya, hijo mío, no se enfade ahora con esta pobre vieja que tanto le quiere... ¡pero ya sé yo lo que una cara bonita puede conseguir de un hombre..., y por algo he oído ya dos veces el aviso!

—Perdone usted mi falta de comprensión —dijo el doctor, realmente perplejo—, pero no acierto... ¿A qué aviso se refiere usted?

—¿A cuál ha de ser? —expuso la vieja escocesa, sentándose en la silla inmediata a la mesa—. A la dulzaina de los M'Gregor.

Stuart, que se estaba paseando, se detuvo junto a la mesa repitiendo:

—¿La dulzaina de los M'Gregor?

—Esa misma. La tradición de nuestra ilustre familia dice que es el propio Rob-Roy quien toca la dulzaina, para avisar cuando amenaza un peligro a algún M'Gregor o a alguna persona querida por ellos.

—La leyenda es bonita y muy propia de la melancólica Escocia —comentó él, conteniendo una sonrisa.

—La oí por primera vez, en el momento en que cierta mujer puso los pies en mi casa, cuando yo vivía con mi marido en el pueblecito de Iverorz, y lo mismo la he oído la primera noche que vino a esta casa esa Mlle. Dorian.

Con mezcla de benévola burla y de verdadero interés observó Stuart:

—Si la memoria no me es infiel, la primera visita de Mlle. Dorian tuvo lugar hace una semana, poco antes de que yo volviera de la calle.

—Precisamente, Mr. Keppel.

—Y ¿oyó usted entonces el aviso?

—Pocos minutos antes de que usted entrara en casa, y ahora, le he vuelto a oír.

—¡Cómo!... ¿Ahora?... ¿Qué es lo que ha oído usted?

—El aviso, yo corrí a la ventana...

—¿Y alcanzó usted a divisar al heroico Rob-Roy?

—No se burle usted de una pobre vieja... Lo único que pude ver fue el fastuoso auto de Mlle. Dorian que se alejaba, y pocos momentos después distinguí a usted que daba la vuelta a la esquina.

—¡Lástima que no haya esperado esos minutos! —murmuró Stuart—; pero, en fin, puesto que ha de volver —y alzando la voz añadió—: ¿Son esas las únicas veces que ha oído usted la tradicional dulzaina?...

—No, Mr. Keppel, y le aseguro a usted que algún peligro muy grande nos amenaza. Anoche me despertó el lúgubre sonido de la dulzaina, y durante largo rato permanecí desvelada y temblando.

—¡Eso sí que es extraordinario!... ¿Está usted segura de que no la ha engañado la imaginación?

—¡Ah!, ya veo que no toma usted mis palabras en serio.

—Mrs. M'Gregor —dijo el médico adelantándose hacia su ama de gobierno y poniéndole ambas manos en los hombros—, considero a usted como una segunda madre, y estoy muy lejos de burlarme de una tradición que respeto por estar asociada a una tragedia de su propia vida, pero desecho todo temor por lo que respeta a Mlle. Dorian... En primer lugar no es más que una cliente; en segundo, yo soy un pobre médico de barrio sin un penique... ¡Buenas noches, Mrs. M'Gregor!... Acuéstese tranquila, y diga a María que haga pasar en seguida a Mlle. Dorian, si es que vuelve.

La anciana se levantó diciendo:

—Ya le abriré yo la puerta, Mr. Keppel, a la entrada y a la salida...

Y lentamente salió del despacho cerrando la puerta.